

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS.

ADVERTENCIA

Se ha agotado la primera coleccion de los artículos originales de LA LECTURA POPULAR. La segunda coleccion continúa vendiéndose en Madrid, casa del editor D. José del Ojo y Gomez, calle de S. Bernardino, 10, 2.º derecha; al precio de una peseta cada ejemplar.

Al que tome dos se le regalarán dos y al que tome cinco se le regalarán veinte. Los pedidos deberán ir acompañados de su importe.

SECCION RECREATIVA.

EL CUCHILLO DE LA PROVIDENCIA

(Conclusion)

Entonces el Señor llamando nuevamente al ángel de la caridad le dijo:

—Baja y por segunda vez intenta hacer penetrar mi amor en el alma que ayer visitaste. Pero si no lo consigues avísame al punto, porque empuñaré de nuevo el cuchillo de mi misericordia, y no dejaré en paz esa alma hasta que su suerte se decida.

El ángel bajó, y en aquel mismo instante D.ª Ruperta, que tomaba la sétima taza de tila para calmar sus nervios, oyó que sonaba la campanilla por segunda vez.

—¿Quién es?—preguntó la criada.

—Soy yo,—contestó penetrando en la habitacion una pobre enferma á quien solía socorrer la esposa de D. Lino.

—¡Ah! ¿es usted, María?—dijo esta algo más tranquila por efecto del antiespasmódico.—¿Cómo ha salido usted á la calle hallándose aun tan delicada? ¿Está usted mejor?

—Señora,—dijo la pobre sonriendo,—ya me siento más fuerte.

Y, efectivamente, se sentaba de prorrato por efecto de la debilidad.

—¡Válga de Dios, hija!—exclamó doña Ruperta tocada por la compasion, que facilmente penetra en los corazones doloridos.—Si necesitaba usted algo podía hábermelo dicho. Pero calle; ¿qué niño es ese que lleva usted en los brazos? ¿No se le murió á usted el suyo?

—Sí, pero este es otro.

—¿Cómo otro? ¿de dónde?

—De la inclusa.

—¡Ave María Purísima! ¿usted tan débil y con tan pocos recursos aun saca

niños de la inclusa? ¿Pues no sabe usted que la Diputacion no paga?

—Sí, señora; pero yo no lo he hecho por el dinero de la Diputacion, sino por el amor de Dios. ¡Angelito, tenía mucha hambre! Además estaba tan enfermo: tenía el vientrecito lleno de fuego: mire usted, mire usted...

—Mujer de Dios, si eso es sarna,—gritó D.ª Ruperta dando un salto.

—Sí, señora, eso ha dicho el médico, que es sarna; pero se quita con azufre.

—Vamos, eso es una imprudencia,—exclamó D.ª Ruperta volviendo en seguida á su diapason normal, que era siempre el de la desconfianza.—Así son ustedes tan desgraciados; no se hacen cargo de que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, y luego son los apuros.

—Apuros, ¿por qué, señora? ¿No tenemos un Padre en los cielos que es infinitamente bueno y poderoso?

—Ya lo creo, pero...

—Pues si es poderoso y bueno, ¿cómo ha de abandonar á sus hijos, y menos á aquellos que le sirven? En hora buena que desconfien las personas que en todo buscan su satisfaccion propia, mas las que solo miran en todo servir á Dios, ¿qué tienen que temer? ¿Si usted sirviese á un rey de la tierra, temería morir de hambre?

—No.

—¿Pues por qué teme morir sirviendo al rey del cielo?

Doña Ruperta quedó admirada al oír aquel argumento. Parecía imposible saliese de la boca de aquella mujer tan sencilla. Allí habia algun misterio incomprendible que le iba llamando la atencion.

—Eso está bien—se atrevió aun á replicar;—pero la prudencia...

—La prudencia, señora, la hizo Dios para regular nuestras virtudes, no para impedir las. ¡Señora!—exclamó de repente la mendiga levantándose con el niño en los brazos,—abra usted su corazon. ¿No se acuerda usted ya de lo que dice nuestro Señor en su santo Evangelio?

Doña Ruperta dió un salto y abrió la boca desmesuradamente.

—¿Qué dice?—preguntó alarmada.

—Pues diga una cosa que no entendamos ni queremos entender, porque somos muy desconfiados: *No andeis afanados pensando para vuestra alma qué comereis, ni para vuestro cuerpo qué vestireis. ¿El alma que yo os di no vale más que la comida, y el cuerpo más que el vestido?*

Mirad las aves del cielo que no siembran ni recogen en graneros; y sin embargo, vuestro Padre celestial, las alimenta. ¿Pues no valeis vosotros mucho más que ellas, por qué temeis?

Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan, y ni Salomon en toda su gloria fué cubierto como uno de estos.

Pues si al heno del campo, que hoy existe y mañana es echado en el horno, Dios viste así, ¿cuanto más os vestirá á vosotros, hombres de poca fé?

No os acngojeis pues diciendo: ¿qué comeremos ó qué beberemos ó con qué nos cubriremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de todas ellas.

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura».

Doña Ruperta que en su vida habia buscado otra cosa que las añadiduras, esto es, sus gustos y comodidades, en aquel instante percibió su falta con tal claridad que en poco cae al suelo como San Pablo.

Representósele con perfecta lucidez lo falsas que habian sido hasta allí tanto sus devociones como sus obras, en las que siempre se buscó á sí misma en vez de buscar á Dios; y, comprendiendo la razon con que Éste habia empezado á enviarle amarguras para destetarla de las golosinas de la tierra, bajó la cabeza.

El ángel de la caridad trabajaba admirablemente.

La mendiga, que era su instrumento, continuó aun hablando.

No queráis atesorar tesoros en la tierra donde el orin y la polilla los consume, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad más bien tesoros en el cielo, en donde ni los consume el orin ni los ladrones los desentierran. Porque en donde está tu tesoro allí está tambien tu corazon.

—¡Es verdad!—exclamó D.^a Ruperta para sí, acordándose de la calceta,—¡es verdad! ¿Cómo he de vivir feliz si he puesto el mío en una media de punto y lo he encerrado en un armario?

Entonces, inflamada por un extraño fervor, ocurrióle la feliz idea de ir al armario, sacar sus ahorros y partirlos con la pobre que tenía delante.

Inmediatamente se levantó y trató de ponerla en práctica.

Pero en aquel momento el diablo, que andaba tentado á unos comerciantes que habían cerrado sus tiendas los días festivos para que volviesen á abrirlas, vió el peligro que corrían las redes de D.^a Ruperta y se volvió á ellas.

Doña Ruperta había abierto el armario y sacaba la calceta.

El diablo se abalanzó al corazón de la esposa de D. Lino que por primera vez funcionaba con libertad, y sacando ciertos hilajos de una parte que no se puede nombrar, empezó á echárselos con rapidez.

Doña Ruperta entre tanto había comenzado á contar el dinero.

El diablo aceleró el movimiento de su telar.

—Nueve mil trescientos cincuenta y cuatro duros, doce reales y seis cuartos,—exclamó D.^a Ruperta contemplando el caudal.

El diablo apretó de tal modo que no se le veían las patas.

—Le daré mil duros: sí, mil duros, pues es preciso que yo castigue así mis avaricias.

El diablo apretó más.

—O bien le daré diez mil reales, y luego otros diez mil; porque en dos veces tal vez será mejor.

El diablo siguió tejiendo.

—O casi casi sería más conveniente darle por ahora tres ó cuatro paquetes nada más; porque si esta mujer se encuentra de repente con mucho dinero es posible que se lo malgaste y...

El diablo continuó trabajando, pero ya más tranquilo.

—¡Calle!—exclamó D.^a Ruperta,—qué tonta soy. ¿Y quien me ha dicho que debo dar toda esta limosna á una persona sola? ¿No es más justo repartirla entre muchos necesitados? Vaya, no había yo caído en esto, pero ya caigo.

Efectivamente, en aquel momento caía, pero de veras.

El diablo descansó de su trabajo, y D.^a Ruperta volvió á meter el dinero en la calceta; tomó dos medias pesetas lisas y salió dispuesta á sacrificarlas en aras de la caridad.

Pero cuando salió, la mendiga, que mientras ella contaba el dinero se había comido con permiso de la criada la sopa que D.^a Ruperta no había gustado á causa del berrinche, había desaparecido.

—¿Porqué se ha marchado?—preguntó D.^a Ruperta.

—Porque dice que estaba ya satisfecha, y que cuando tuviese otra necesidad por el estilo el Señor la socorrería como hoy.

—¡Como hoy!—pensó D.^a Ruperta acordándose que ella se había quedado sin comer, tal vez para que comiese la mendiga.—¡Como hoy! Es decir, dejándome sin comer á mí.

Entonces otro golpe de gracia volvió á iluminarla y la hizo morderse los labios, porque comprendió lo que acababa de hacer la Providencia.

Mientras ella, con nuevemil trescientos cincuenta y cuatro duros, doce reales y seis cuartos de capital ahorrado, no había podido probar bocado en aquel día, la pobre mendiga, sin tener un maravedí ni de donde le viniese, iba chupándose los dedos y alabando á Dios de lo bueno que estaba su cocido.

Aquello la puso muy cavilosa.

Pero cavilando cavilando fué maquinalmente al armario y metió también las dos medias pesetas en el calcetín.

Al ruido que hicieron al caer, el ángel de la caridad que ya estaba exasperado, espantándose del todo dió un vuelo y llegó sin descansar hasta el trono del Señor.

—Señor,—exclamó,—con aquella alma no hay quien pueda: mi misión ha concluido.

—¡Ea!—dijo el Señor,—pues á operar la del todo y sin más contemplaciones: no he de consentir que se pierdan los hijos de los hombres por evitarles las amarguras del dolor.

Y con semblante que hizo temblar á los querubines llamó al ángel del sufrimiento para darle una orden reservada.

El ángel se presentó, escuchó la orden, y, desenvainando inmediatamente el terrible cuchillo que ya conocemos todos, desapareció de los cielos.

Un momento despues allá abajo en la tierra se oyó que llamaban casa de la esposa de D. Lino.

—¿Quién es?—preguntó la criada.

—Que vaya corriendo la señora á casa de su tía Lorenza,—exclamó una voz—porque acaba de darle un ataque y está muy mala.

—¡Mi tía la azafata!—exclamó doña Ruperta poniéndose más blanca que el papel.—¡Esta sí que es buena, Dios mío!

¿Será capaz de morirse esta mujer ahora que mi Lino está cesante?

Y poniéndose á escape la mantilla se lanzó á la calle á tomar un coche.

Pero no había trascurrido una hora cuando volvió á su casa hecha un mar de lágrimas.

—¡Virgen de las Angustias!—exclamó desplomándose en una silla.—¡Hemos perdido la única influencia que nos quedaba! ¡Benita de mi vida! hazme tila corriendo, mi tía ha muerto. Hazme tila, hazme tila.

La criada corrió toda temblorosa á la cocina á poner el puchero.

Entre tanto D.^a Ruperta temblorosa también, entró en su gabinete para dejar la mantilla en el armario.

Pero de repente se quedó estupefacta: el armario estaba abierto y ella lo había dejado cerrado.

Como una exhalación se dirigió al secreto donde tenía la calceta. Allí no había ya ni calceta ni secreto; las tablas habían saltado, y todo indicaba la perpetración de un robo.

—¡Benita!—exclamó dando un grito que se oyó en la Puerta del Sol, y hasta en el sol se hubiese oído si allí hubiera quien lo oyese.—¿Quién ha entrado aquí?

—Nadie, señora.

—¡Me han quitado una media!

—¿Y qué vale una media, señora?

—Es que estaba llena de oro.

—¡De oro!—exclamó la criada.

—¡Ah bestia!—rugió D.^a Ruperta como una pantera á quien quitan sus cachorros.—Me han robado por tu culpa.

—Habrás sido mientras salí por carbon.

—¡Bestia, bestia!

Dilin, dilin; volvió á sonar la campanilla.

—¿Quién es?—exclamó la pobre criada aturdida ya por completo.

—El cartero.

Doña Ruperta alargó maquinalmente la mano y temblando como una azogada tomó una carta.

Casi sin saber lo que hacía rompió el sobre y miró.

—¡¡Jesús me valga!—exclamó dando otro espantoso grito.

Y perdiendo el sentido cayó de cabeza sobre el pavimento.

Acababa de recibir el último tajo de la Providencia.

Su Lino había muerto.

El ángel del dolor, con las lágrimas en los ojos y las manos aun ensangrentadas, entraba en el cielo momentos despues limpiando el instrumento de la misericordia divina.

Cuando D.^a Ruperta volvió de su des-

mayo miró á su alrededor y pareció todo un sueño.

Pero no había tal sueño.

La implacable realidad se presentó á sus ojos en toda su desnudez. Estaba viuda, huérfana de todo socorro humano y sumida en la mayor miseria.

Entonces, por primera vez de su vida, despues de verter un raudal de lágrimas, dió un gran suspiro y levantó los ojos al cielo; pero con tanta confianza y fervor que pareció que su corazón se dilataba de un modo infinito.

Era que el cuchillo de Dios había roto las redes del diablo, y este había huido como huyen las arañas cuando ven completamente destrozada su tela.

—¡Dios mio!—dijo reanudando aquella oracion interrumpida que ya conocen nuestros lectores.—¡Dios mio! cumplid en mí vuestros designios, porque vos, como Padre, sabéis mejor que yo lo que me conviene. Hasta ahora había puesto mi confianza en las cosas de la tierra; desde hoy en solo vos pondré mi corazón.

A. C. y G.

SECCION INSTRUCTIVA.

LA OBRA DE LOS CÍRCULOS.

(Continuacion).

Respecto al desarrollo de los elementos que constituyen un círculo de obreros conviene hacer algunas observaciones.

Para que una obra de esta clase pueda llamarse con verdad católica y tenga vida de tal, preciso es que descansa sobre cimientos esencialmente piadosos: de no ser así, la obra dejeneraría y se convertiría en un casino. Es necesario, pues, evitar este escollo, sosteniendo siempre el buen espíritu de los socios: 1.º con las comuniones reglamentarias, en lo cual ha de haber gran exactitud; 2.º con las lecturas cristianas amenas é instructivas y 3.º con las conferencias de la misma índole dadas en días determinados.

Las lecturas públicas hechas por una persona que lea con gracia y buen sentido dan un resultado maravilloso.

Despues del trabajo, al terminar la hora de la escuela, ó en ciertos días determinados si no quiere hacerse diariamente, un rato de lectura amena seguido ó precedido de otra instructiva, proporciona á los obreros agradable solaz; tanto más agradable, cuanto que cansados de mover el cuerpo por mucho tiempo, sienten naturalmente deseo de ejercitar las facultades de su alma y restablecer el equilibrio tan necesario á la vida humana.

Para estas lecturas son muy recomendables los incomparables escritos de D. Félix Sardá y Salvany, especialmente los opúsculos de su *Biblioteca Ligera*: algunos de los cuentos más populares del inimitable padre

Luis Coloma: varias obritas de Mr. Segar y los muchos y buenos artículos que pueden encontrarse en las varias y excelentes revistas integra y puramente católicas que se publican en España.

Es costumbre en algunos círculos donde ya se han establecido estas lecturas, (con gran provecho por cierto para los obreros que diaria y puntualmente se reúnen á escucharlas con gran interés), es costumbre repito, comenzar y acabar la sesión con algunas ligeras plegarias, por ejemplo, tres Ave Marías.

También se acostumbra dividir el tiempo de la lectura en dos ó tres partes, entre las cuales se deja un corto intervalo para echar un cigarro y comentar lo leído. Esto hace más agradable el rato é impide que la atención se fatigue.

Es de advertir que no ha de leerse nunca una sola cosa, y que cuando se comience con una lectura instructiva se ha de acabar con otra amena para no cansar.

Algunas veces, cuando se lean materias instructivas, la persona que lee, si conoce bien el asunto, suele dar sobre él algunas explicaciones, y esto imprime á la sesión el carácter de una conferencia familiar que despierta la atención y anima al auditorio.

(Se continuará.)

A. C. y G.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA

(Continuacion.)

62. Profecía sobre la ruina de Jerusalem y el fin del mundo.

Al salir Jesús del templo, sus discípulos se pusieron á admirar la magnificencia y la solidez del edificio, pero él les dijo: «¿Veis todo esto? En verdad os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada.» Dirigiéronse despues al monte Olivete y sentados todos á la vista de la ciudad y del templo, le preguntaron sus discípulos: «Dinos, ¿cuando acontecerá esto? ¿y cual será la señal de tu venida y del fin del mundo?» Respondió Jesús: «Cuando vosotros veais acometido á Jerusalem por ejércitos enemigos, entonces tened por cierto que la desolacion está cerca. En aquella hora los que estuvieran en Judea, no se descuiden en huir á los montes; el que estuviera en la ciudad, que salga, y quien se encontrara en sus contornos, no vuelva á entrar, pues vendrán días de venganza y de tribulacion, como nunca los hubo desde que el mundo es mundo, ni los habrá en lo futuro iguales. Muchos fenecerán á filo de espada; otros serán llevados cautivos á diferentes tierras, y Jerusalem será destruida

por los gentiles, hasta que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse.»

Al tratar de la ruina de Jerusalem, pensaba Jesús también en fin del mundo y dijo: «Despues que el Evangelio haya sido predicado á todas las naciones de la tierra y los tiempos de los pueblos hayan transcurrido, el sol se eclipsará, la luna no brillará ya más, las estrellas caerán del cielo y las virtudes del cielo serán conmovidas. Angustia y terror grande reinará sobre la tierra á causa de los bramidos y la impetuosidad de las olas del mar, y los hombres se sentirán consternados y despavoridos ante las cosas que irán á suceder por todo el universo. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre; todas las tribus de la tierra lanzarán gemidos y verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad. Enviará sus Angeles con trompetas y con voz poderosa reunirá á los escogidos de los cuatro confines del mundo, pero nadie, ni siquiera los Angeles del cielo, saben el día, ni la hora en que esto tendrá lugar; sino sólo el Padre Eterno lo sabe.»

L. C. Businger.

VARIEDADES

Nuevo asilo.

¡Qué verdad es que el pobre pueblo solo en la religion encuentra apoyo!

El último domingo de Marzo se inauguró en Barcelona en un espacioso local de la calle de Cervantes, un asilo para sirvientas bajo la advocacion de Nuestra Señora del Sagrado Corazon de Jesús. En este nuevo establecimiento de caridad cristiana las infelices criadas de servicio que por cualquier motivo se encuentran repentinamente abandonadas, tienen un modesto albergue donde refugiarse de los peligros á que pudieran estar expuestas por su sexo. Allí la caridad ha reunido para ellas toda clase de comodidades y recursos y un magnífico oratorio donde se venera la imagen del Sagrado Corazon de Jesús, divina fuente de donde salen tan hermosas obras.

Aprendamos.

La casa Krupp, esa gran casa alemana dedicada á fabricar cañones y demás máquinas de matar pronto, ha dado una orden prohibiendo á todos sus obreros que lean periódicos católicos.

Segun parece, la tal casa es protestante ó libre-pensadora.

Pero el asunto está en que, por lo mismo que esa casa es libre-pensadora ó protestante, no debía hacer tal prohibicion; pues el libre-pensamiento y el protestantismo son ramas de un mismo árbol: del árbol del

libre examen y del pensamiento libre: esto es, del liberalismo moderno.

¿Qué significa, pues, esa prohibición de leer periódicos católicos?

Pues significa una cosa clara, y es que cuando el diablo está debajo pide mucha libertad, pero cuando está encima no la quiere.

Lo cual revela que la libertad liberal, ó sea la libertad del diablo, no es más que una añagaza para acabar con la libertad del bien ó sea la libertad de Dios.

Fruto de los sacramentos.

El señor Cura párroco de la Catedral de Huesca, D. Pedro Santamaría, ha restituido el 18 de Marzo último á D. Manuel Batalla, abogado de aquella ciudad, la cantidad de once mil reales, que bajo secreto de confesión le han sido entregados para dicho objeto.

Conducta cristiana.

Fernando Navarro, el pobre colchonero que el día de la Encarnación fué víctima de los ímpios atropelladores del Rosario de la Aurora en Valencia, habiendo recogido varias limosnas de personas caritativas, ha comisionado á un sacerdote para que entregase parte de ellas á los que le hirieron alevosamente por la espalda.

Así se vengan los cristianos de sus enemigos.

Fruto de la religión.

Los que conocen la población francesa saben que la Vendée es en Francia lo que las provincias vascongadas en España: la parte más religiosa y más sana de la nación.

Pues bien, ahora acaba de darse una muestra de la influencia que la piedad y la fé cristiana ejercen en las costumbres.

Mientras en el resto de Francia no bastan ya los tribunales ordinarios para conocer y sentenciar los muchos delitos que se cometen, en la Vendée se ha dado el sublime espectáculo de quedar en vacación el tribunal llamado de los Asises por no haber crímenes en que ocuparse.

Fruto de las malas lecturas.

Un jóven de unos 20 años ha asesinado á una señora amiga de sus padres.

En el proceso el asesino ha declarado que ha obrado á impulsos de las ideas que le habían despertado las novelas de Gaboriau y Ponson du Terrail. En su cuarto se han encontrado narraciones de ejecuciones capitales, relatos de crímenes espantosos y otras lecturas por el estilo.

Estos son los frutos de las malas lecturas y de la libertad de imprenta, que para hacer negocio y escitar la curiosidad no tiene inconveniente en envenenar el mundo.

La providencia.

Una carta de Niza llama la atención del mundo católico sobre unos hechos que si no son castigos de Dios no hay nada más parecido.

Sabido es que Niza es el país donde más escandalosamente se celebra el carnaval en Europa. Pues bien, desde el año 1884 no ha habido carnaval que no haya sido seguido de una gran catástrofe ocurrida precisamente el miércoles de ceniza.

El miércoles de ceniza de 1884, se incendió el teatro de Niza, donde murieron quemadas vivas 300 personas.

El miércoles de ceniza de 1885 se incendió el casino de la misma población.

El miércoles de ceniza de 1886 ocurrió la espantosa catástrofe del ferro-carril de Monte Carlo.

Y el miércoles de ceniza del presente año han ocurrido los espantosos terremotos que aun se dejan sentir en el país.

Y seguirán diciendo que esto es casualidad.

Siguen las casualidades.

El 2 del actual, en el Portazgo de Roussillon, una desgraciada mujer de 76 años que vivía en concubinato decía viendo salir de la iglesia las personas que habían asistido al oficio vespertino: «¡No cayera el techo de esa barraca para aplastar á todos esos clerizontes y botarates!»

«Segura estoy que no había de cogermé debajo.»

Así ha sido en efecto; pero á la mañana siguiente la sacaron aplastada de entre los escombros de su casa, que se había desplomado por la noche.

Otra casualidad más.

Leemos en la *Semana Religiosa* de Soissons:

«En una parroquia de esta Diócesis murió el año pasado un hombre en circunstancias ciertamente bien notables.

«Era un libre-pensador cuyo odio violento y encarnizado á la religión le hacía proferir horribles blasfemias contra las creencias y prácticas de la Iglesia. Solía decir:

—«No creo en Dios ni en el diablo, y no obstante todo me va bien.

«Gozaba en efecto una posición muy desahogada, que se creara con su actividad é inteligencia.

«Todos los años, con escandalosa publicidad, se hacía servir una comida de carne el día del Viernes Santo, y en este se proponía reiterar su sacrilegio, á cuyo efecto convidó á los compinches que debían acompañarle á la mesa.

«El Miércoles Santo compró las provisiones, y el mismo día por la noche le dió un mal terrible en la garganta, del que falleció el Viernes Santo, á la hora en que había de celebrarse el sacrilego convite.

RECUERDOS

DE LAS ETERNAS VERDADES,

por D. F. JAVIER LOZANO.

(Continuacion)

LVII.

¡Oh cuanto se engaña aquel,
Que piensa que del profundo
De su nada salió al mundo
Para hacer un gran papel:

No vino por cierto á él
Por nobleza, honor y renta,
Pues solo el alma que intenta
Vivir desembarazada,
Es quien en esta jornada
Mejor papel representa.

LVIII.

El empleo más glorioso
A que uno debe aspirar,
Es á ver siempre, y gozar
Del rostro de Dios hermoso:

Un esfuerzo generoso
Vence con facilidad
Cualquiera contrariedad
Que dificulta un empeño,
Y tú solo eres el dueño
De tu libre voluntad.

LIX.

El cielo á todos patente
Tiene en giro doce puertas
A cuatro vientos abiertas,
Sur, Norte, Oriente y Poniente:

A toda nación y gente
Se le da franca posada,
Y aunque busque su morada
Por rumbos muy peregrinos,
Todos por varios caminos
Pueden conseguir la entrada.

(Se continuará.)

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones media, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cinco ejemplares de cada número ó sean docecientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una acción. 4 ptas. mensuales

Media 2 » »

Un cuarto id. 1 » »

Un octavo id. 50 cént.

Por medio de corresponsal 25 cént. a peseta mas por acción.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la *Semana Católica*, Villanueva, 6 bajo; y en Cuba, «La Historia», Remedios.